

# Notas para un viernes

Sandra Lorenzano

Prefiero el oleaje del muelle, el olor a mar, las manos callosas de los pescadores que arreglan las redes. Vengo de la tibia página leída con devoción a la luz de una vela; de las veintidós letras y su pacto con el universo. De esos rezos está hecha una parte de mi carne. Pero se escuchan las olas entre cada palabra y los cantos de los que regresan al caer la tarde.

\*\*\*

Las palabras de siempre para los mismos temas. Y la noria es la vieja calesita que llegaba de algún pueblo a instalarse en el baldío frente a nuestra ansiedad que soñaba con crecer para sacar la sortija.

La suerte era esquiva y las cumbias que daban vueltas con los caballos ya entonces me eran ajenas. Extraña confesión para viernes en la noche. Las palabras de siempre. Mamá que nos saluda mientras partimos al otro lado del mundo. Cada instante, una frontera que va dejando marcas en mi cuerpo.

\*\*\*

Dicen que el desierto conoce el nombre secreto. Su poema es de ecos y silencios.

\*\*\*

No me preguntes si te extraño los viernes en la noche. Me gustaría responder desde poemas y ginebra; pero ésa es una de las vidas que dejé en *la negra espalda del tiempo*. Y el café que se me enfría y el rabino hecho de palo que me trajeron de Varsovia y las fotos sobre mi mesa me recuerdan que viajé en mi propia piel a las antípodas y volví para caer en las palabras de siempre. Extraña confesión.

Es un modo de no hablar de las gaviotas que contaste para mí una noche. Un modo de no querer saberte lejos. Dame un codazo si me repito, aunque en el fondo no sé si quiero otra cosa. Me gusta hundir la cabeza en tus caderas, pero no hoy que es viernes y de noche. No hoy.

\*\*\*

Al amanecer, los perfiles apenas se adivinan entre la bruma. Las sombras desaparecen camino a la orilla. Hablemos de alguien más. Me agobia esta primera persona que me sacude todo el tiempo por los hombros. Mejor tomar el camino que va hacia el sur, en silencio. Mejor enterrar mi cuerpo en la arena, de pie, como alguien dijo que hacían los sumerios. Nunca fuimos buenos construyendo castillos en la playa; nunca fueron ni demasiado altos ni demasiado fuertes, preferíamos sentir en la piel el frío del mar, correr tras los jirones de espuma amarillenta que arrastraba el viento. Ahí es justo donde duele, donde la bruma avanza y se come las imágenes. Ahí, en aquello que ya casi no recuerdo. Su voz. ¿Alguien recuerda cómo era exactamente su voz? Sin mentir, las grabaciones nunca dicen la verdad. ¿Alguien recuerda cómo era exactamente la voz de mi madre?

\*\*\*

¿Te dije ya que amo hundirme en tus caderas? Como si fuera el mar de fiesta, tu piel me recibe entre sus vientos y es de sal la dulzura de tu aurora. Celebro una vez más este naufragio como quien celebra el mejor de los oficios. Ritual marino iluminando la sangre; no hay más nombre que el que dicta tu aliento ni otra plegaria que el abrazo.

\*\*\*

No me preguntes si te extrañó los viernes en la noche. Me gustaría responderte desde poemas y ginebra; pero ésa es una de las vidas que dejé en *la negra espalda del tiempo*.

¿Y si fuera posible?  
¿Si fuera pájaro, espuma,  
canto cuando amanece?

\* \* \*

Una vuelta más. El premio es volver a partir; la vuelta al mundo en menos de un minuto. Pero las fronteras me vuelven tatuajes las ausencias. Río arriba.  
Río arriba y los caballos siguen girando. Y no he hablado aún del perfume del hinojo recién cortado. Ni de la ramita entre los dientes. Cada quien tiene su propia magdalena. Sé que alguien ya lo ha escrito. Pero no ha escrito que la miel más dulce es un secreto que guardan las madre selvas. Una gota solamente refleja el universo. Mamá agita la mano. Extraña confesión para viernes en la noche.

\* \* \*



Carl Mogenstern (detalle), *Capri at Daybreak*, 1836

Dicen que Paddy Dignam recibió otra palada sobre el cuerpo. Pero esto no es Dublín sino la ciudad gris de siempre, la que nos dio las rodillas raspadas y el pan con manteca de la infancia. El final del invierno no llega —nunca llega—, y el aire es pardo y ruidoso como todos los agostos. Alguien nos había prometido un regreso pero el silencio de las sirenas detuvo las naves; la isla fue entonces una copia en miniatura del desasosiego. Pobre Paddy encerrado entre cuatro tablones. Las vetas se le fueron grabadas en las yemas de los dedos. ¿Cómo vamos a acariciar ahora la madera?

\* \* \*

Mientras tú estás viviendo la muerte,  
la de otro,  
otra muerte en otro camino,  
o algo similar que te cubre con una campana de cristal  
[que me deja fuera,  
yo sólo puedo intentar escribirla.

Qué obiedad: no paso de las hojas secas que se pudren en el lodo del parque. De Tiresias me importa sólo su memoria; no es poder predecir lo que vendrá lo que encorva su espalda, sino el peso de lo que ha pasado. La lluvia sigue cayendo y embarra cada vez más el camino. Te dije que aquí el invierno no terminaba nunca.

\* \* \*

Tras las palabras se esconde una imagen sin descifrar, o tal vez los últimos sonidos de la tarde, éstos, mareados ya de su propia infancia que da vueltas y vueltas. Fue sólo un instante, un segundo reconcentrado en el espacio de su vértice. La reverberación del eco allí donde se inicia la curva entrañable de tu cuello. Y tu voz entonando el arrullo que quedó pendiente desde entonces. (No me preguntes si te extrañó los viernes en la noche, porque tendría que responderte desde la complicidad con el silencio. Y desplegar contigo las velas a la distancia para dar la vuelta completa a nuestra brújula. Si no preguntas, me engaño siguiendo a Orión o a la Cruz del Sur

—que es un mito que tengo tatuado en la memoria—). Pero no siempre amanece sobre la línea quebrada del horizonte.

\* \* \*

En las aristas más agudas de la roca, el sueño busca su refugio, lejos de la mesa tendida, lejos de la huella que deja el nombre secreto, el que los ángeles te dirán al oído. Lejos

como si abril fuera sólo calendario y no vértigo de  
[pieles  
como si bastara descubrir el filo anaranjado de una nube  
para saber de eternidades y derrotas.

\* \* \*

Aprendí tu nombre en el desierto y el contorno exacto de tu hueso (húmero, por supuesto) pulido por siglos de arena contra el viento. Sé que es de silencio el mandato de tu sangre. Sin imágenes que cubran la cruel luz del mediodía.

\* \* \*

Era el mismo recorrido  
una mano se asomó por encima de la gente  
apenas se distinguía  
luego la sirena suspendió las despedidas  
y fue un solo murmullo el dolor del aire.

\* \* \*

sobre el mar se pierden las fronteras, se humedecen los  
[papeles, arden los ojos y la piel  
(el vértigo es la distancia entre mi voz y la inclinación  
[de tu cabeza)  
cuerpos, cenizas, historias que alimentan el escozor del  
[yodo para regocijo de violencias submarinas  
el comienzo de los tiempos fluye en el deseo de naufragio  
(podría aferrarme a tu cintura y olvidar el zumbido de  
[altamar)  
pero son inasibles las palabras  
prófugas de una memo-  
[ria salobre revelada en otros huesos

\* \* \*

Así debe haber caído la primera lluvia de la historia. Así: implacable, voraz. Mucho después llegó la nostalgia a teñirla del color de tus pupilas. Y aunque quiera evitarlo, la lluvia y tus ojos se instalan con cursilería de viejo almanaque. No habrá entonces más salida que la gastada canción del carrusel. Como al principio. Como cuando



Salvador Dalí, *Muchacha a la ventana*, 1925

el relato no era relato sino simple paz de verano por la noche. Un ruido insignificante, una nada que apenas nos rozaba la piel..., y la erizaba. Y así podría seguir, sumando algún ripio a la cadencia por el puro gusto de encontrarte en la esquina más violenta del sonido. Casi como un libre fluir, pero doliente, por eso no se hunde en el reflejo sino que prefiere flotar ignorando el abismo. Cada ola —lo sabemos— guarda el silencio completo del poema.

\* \* \*

Pero una vez más es viernes y de noche, y las velas recuerdan rituales de otras vidas, de la voz que se pierde hilando los sonidos, de la piel sutil del rezo. No me preguntes si te extraño. Bautizo tu cadera con las letras del origen. Ve ríginoso aleph de la primera estrella. Las velas recuerdan las largas travesías y el nombre que guardamos bajo todos los secretos. ¿Es nuestro este viernes que apenas intuyo? ¿Es la voz que he olvidado la que canta? Mecidas por el viento, entre el desierto y la marea, las páginas susurran otros versos.

\* \* \*

en el vértice tenue del instante  
un estertor diminuto  
audible apenas tras el agitar de alas  
que sacude este fragmento de cielo  
hace el recuento de la vida a la intemperie  
con sus más calladas ausencias

